

9.80

0.30

UNION LATINO-AMERICANA

PRIMERA CONFERENCIA EN CARACAS

EL 19 DE SETIEMBRE DE 1904

POR

ELOY G. GONZALEZ

(DE LA REDACCIÓN DE EL COJO ILUSTRADO)



CARACAS

TIP. J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

1904

UNION LATINO-AMERICANA

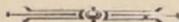
PRIMERA CONFERENCIA EN CARACAS

EL 19 DE SETIEMBRE DE 1904

POR

ELOY G. GONZALEZ

(DE LA REDACCIÓN DE EL COJO ILUSTRADO)



CARACAS

TIP. J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

1904

UNION LATINO-AMERICANA

UNA voz, grave y solemne, más que la poderosa de la patria, y que acaso no sea, en verdad, sino ella misma;—inmensa, como que está contenida en siglos de historia magnífica, en generaciones de hombres admirables, en mundos que arropan con la dalmática lujuriosa de sus suelos la mitad más férvida del dorso de la Tierra;—la voz despótica y bravía de los intereses, del porvenir, y de la vida de una raza, genitora de maravillas y primogénita de los anales humanos, suena ahora su imperioso clarín guerriero al oído de los pensadores, de los políticos y de los Jefes de Estado de la América Latina; y nos pone de piés, para que nos digamos ser ya el tiempo urgido de comenzar á cumplir un deber perentorio de salvación, y aun de decoro humano.

Acontecimientos que levantan su enérgico relieve sobre las atenciones de la política

mundial, — y cuya trascendencia será el objeto de estas entrevistas, — han hecho decir en estos días á un periodista de Caracas, cuánto va creciendo la necesidad de unión definitiva de los pueblos de descendencia latina (1).

Y hechos recientes, cuyas palpitaciones están ondulando todavía por el organismo político y moral del Continente, nos establecen á nosotros, — venezolanos, — en el honor y en la obligación de prioridad y de vanguardia; ya que han sido los más decididos en la verdad de este empeño, el señor General Cipriano Castro y la Nación que gobierna.

Así lo aseguró el primero al Excmo. Señor Herboso, Plenipotenciario de la República de Chile en nuestro país. Decíale el señor Presidente, en diciembre del año último:

«.....se hace necesario é indispensable que sin pérdida de tiempo procedamos á dar calor á la idea, á divulgarla por medio de la prensa y por cuantos otros medios haya á mano, á fin de que ella se realice. Venezuela, aseguro á usted, que siempre estará lista para ello (2).

Veamos, pues, cuáles son y en dónde están fijos los términos del debate, como puntos generales de una serie de estudios y medios de propaganda que me permito proponeros, con el objeto de que llegue este empeño hasta lo que pudiéramos llamar el sistema de fuerzas de la opinión pública, y de allí al sistema de elementos de acción práctica que poseen los Gobiernos latinos de la América.

(1) *El Constitucional*, número 1115.

(2) Carta del señor General Cipriano Castro al Excmo. Señor Don Francisco J. Herboso, etc., etc., — 4 de diciembre de 1903.

I. LA CUESTIÓN LATINA EN EL MUNDO

a.)—Raza.—Teoría de Ward.—Diferenciación é integración sociales.—Antecedentes.—Actualidades.

La cuestión latina es, primordialmente, una cuestión de raza.

Cualesquiera que sean, en este sentido, los postulados científicos; cualesquiera que sean las conclusiones, siempre provisorias, á que ellos conduzcan; los descubrimientos y las investigaciones, las observaciones y deducciones de la Sociología, no podrán aún formalizar un criterio definitivo, que haga absolutamente aceptables las teorías de *diferenciación* y de *integración sociales*, que en el mundo científico contemporáneo cuentan con abogados tan ilustres y eminentes como el sabio Ward. [3]

Si la hipótesis general del sociólogo americano puede ser aplicada, sin salvedades de detalles, á alguna de las grandes razas indicadas para una influencia primaria del mundo, es, precisamente, la raza latina la que ofrece hoy menos accidentado y en mejores condiciones de explotación especulativa, ese campo de aplicaciones.

Me será disimulado que, en obsequio de la noble benevolencia de los que me oyen, discorra discrecionalmente por los parajes que prometan una amenidad relativa en esta excursión, á fin de despojarla, —sin daño esencial,—de las asperezas, del tedio, y de la marcha fatigante de una cuestión estrictamente científica.

Decía, pues, que aplicando al espectáculo

[3] *La différenciation et l'intégration sociales. Une utopie socialiste*, Paris, 1903.—*Annales de l'Institut international de Sociologie*, t. IX. *The American Journal of Sociology*, mayo de 1903.—Cit. de Adolfo Posada.

actual de la raza latina, un criterio análogo al de Ward en sus trabajos sociológicos, estamos asistiendo á las postreras manifestaciones del primer período; como si dijéramos, nos estamos preparando para realizar la integración de nuestra familia étnica.

Con vuestra vastísima cultura en asuntos de política mundial; con vuestra copiosa información en acaecimientos de historia contemporánea; con vuestro fino espíritu de apreciación y vuestras eruditas preparaciones para el juicio universal que los pensadores están obligados á sustanciar hoy, os ruego que seáis mis sabios conductores, en esta rápida travesía y breves incursiones que os invito á realizar por cuantos son actualmente campamentos y hogares de nuestros hermanos latinos sobre el planeta.

Sabéis que vamos á cruzar mares en cuyos pozos de anclaje riman amenazantes el poema de la soberbia poderosa, las formidables unidades de las escuadras modernas. O mares alevés, á cuya pérvida esmeralda rayan las quillas de los monitores, que prosiguen su tarea corsaria, disfrazada de reparaciones á las susceptibilidades del nuevo Derecho, creado por la diplomacia *imperialista*. O mares que musitan una ascética tristeza, enclaustrados en sus radas, repasando con sus olas suplicatorias los granos de las camándulas bloqueadoras. O mares hirvientes, cuyas ondas suenan con explosiones de gruesas lonas bajo tinieblas, al sacudir de los cañones.

Sabéis que vamos á atravesar ríos, que en la religión de nuestros sentimientos de raza tienen sacro prestigio, como de nuevos Jordanes, que creemos santificados por la fe de los tratados públicos. Ríos cuyas linfas lustran glorias hermanas, y orgullo de correligionarios; ó arrullan las leyendas genésicas de familias que llevan en su sangre

pigmentos de la que por nuestras venas corre; ó tienen en su tradición abolenga rasgos de los que demarcan nuestra fisonomía; ó en la prestancia de sus hijos, líneas de las que trepan ondulantes ó se tienden voluptuosas por la fábrica corporal de nuestros hermanos.

Sabéis que vamos á grabar con nuestras plantas repechos de montañas, que han recogido en sus pliegues sombríos, como dentro de un regazo adusto, á dispersos aventureros, migradores de nuestro hogar étnico, como esos dolientes Balkanes, trágicos bastidores del Rumano torturado. O montañas cuyo suelo parece una lacra viviente del planeta, alumbrada por el lívido sol que cae de los cielos de otra gente, como ese Tirol, que bien pudiera fingirse un eterno Calvario de irredentos.

Sabéis que vamos á penetrar en regiones que un día formaron en el patrimonio de nuestros mayores de raza, y que, detentadas á la herencia familiar, presentan hoy á las esperanzas de la rehabilitación las facces de la resistencia, cuando ya no pueden continuar asumiendo la representación de la protesta....

Habrá, pues, inminencias de naufragio; torbellinos vertiginosos; trombas absorbentes; tifones arrasantes; grandes cetáceos ponderosos, somnolentes bajo el letargo de su hartura estúpida; siniestros pájaros auspiciales, que graznarán sus agüeros por sobre los topes de nuestro navío;..... gran tormenta confusa de hurrahs! y de imprecaciones... ..

Es el rumor estrepitoso de una gran familia de titanes alegres, en el jolgorio de su reconciliación.

Es el mugir fervoroso de Israel contemporáneo, predilecto de todos los dioses, que baja por las vertientes, busca los vados, y cultiva con multitud tumultuaria los valles,

listo á henchir las grandes vías, rumbo á Canáan.

Son los desintegrados de la raza latina, que escriben hondamente, en vibrante idioma, los parágrafos finales del primer capítulo de la historia humana!

Partamos.

b.)—*Imperios eslavo, británico y alemán.—Francia é Italia.—La «voz de la sangre».—La protesta y la resistencia.—La Alsacia y la Lorena.—Influencia de otras razas.—Los latinos de Africa.*

Del amor y del dolor, pudiera titularse un bello capítulo sentimental, en el que se dijese cómo hacen vibrar la placa psíquica del instrumento humano, los sonidos que despiden con sus voces y los gestos en que traducen sus impresiones los pueblos representativos de las razas dirigentes.

Obtendríamos el diagrama hipotético en el cual veríamos la larga ondulación de orgullo que expande el alma latina y la profunda depresión de tristura que la constriñe, cada vez que por ella circula el hábito milagroso de una gloria ilustradora de su estirpe, ó resquema la epidermis el álgido calofrío de un oprobio execrable.

Sin duda es conmovedor de las más finas fibras que en el espíritu llevamos los que sabemos de cómo es hermosa la *vera vita*, el espectáculo de un imperio que, en su naturaleza física, parece hecho con el más puro diamante que se haya cuajado jamás en los vértices de la colosal chimenea del Caos, como ese imperio moscovita. Nacido como en el tálamo donde celebrasen sus amores fulgurantes é irídicos el agua y la luz. Colocado sobre la cabeza escipiónica de la Tierra, como un casco titánico, tallado en un solo espato giganteo. Hecho de auroras boreales; de refracciones espectrales, y de

todo cuanto es blanco y fúlgido. Cuya fauna viste armifios hiperbóreos; cuya flora esplende en corolas de cristal. Nimbado con el halo de un prestigio moral que tiene el misterio y el espanto de una incognoscible hegemonía asiática; de una liturgia engendrada en los senos de las teogonías griega y judaica; de un pueblo que aún recuerda cómo se hacen trepidar sobre la estepa, y suscitar las tormentas de polvo de la tundra, los carros fantásticos de Atila y de Gengis-kan; de una aristocracia cuyos barones aún parecen en pie sobre las pestañas salientes de los desfiladeros de Ukrania; de un ejército, en su número como el de Xerxes, y en su abigarramiento como el de Hamílcar; y de unos siervos que ya no se van á conocer sino en las crónicas de alguna faz caprichosa de la primitiva vegetación humana, de la que fueran único testimonio al paleontólogo, rígidos hongos, fijos en el subsuelo social de la Rusia, como las cabezas desgranadas de un ejército de cretinos, petrificadas bajo una tormenta de témpanos.

Sin duda es admirable ese puñado de marineros que un día parecieron náufragos de la Historia, arrojados sobre el peñón de Gales, á donde fueron buscando la longanimidad propicia de los dioses druídicos, fugitivos delante de César. Prosapia de nautas, que en el espectáculo de los imperios contemporáneos, finge un pulpo de sus costas, varado en las vecindades de la curvatura septentrional del océano, para estampar el planeta con la estrella de sus tentáculos, que interceptan todos los meridianos terrestres, abotonándose á Nueva Zelandia, á Australia, á la India, al Africa Austral, al Canadá. Realizando, con la terquedad flemática de su naturaleza insular, un ideal de conquista asimilativa que aprendió precisamente de la Roma patricia y ju-

liana, porque va insuflando sobre las multitudes vencidas, el aliento de una concepción hegemónica y civilizadora, áspera como la fisonomía de sus acantilados, severa como las prescripciones de sus escuelas, cuasi teológica como las especulaciones de su filosofía.

Sin duda es magnífico que crezca, —aunque crezca también en soberbia,— desde las fronteras remotas de las nacionalidades europeas, el humilde electorado de Brandeburgo hasta hacerse reino de Prusia, y expandirse y consolidarse en Imperio alemán.

Pero ni aquel espectáculo, ni esa conquista eminentemente humana, ni este desarrollo esencialmente interesante, son capaces á levantar, bajo el cielo de nuestro espíritu, el vuelo armonioso de las alondras de orgullo, que cantan como un advenimiento de primavera, cuando pasan por sobre sus cabezas adormecidas bajo el ala de las tristuras monótonas, los mensajes que dicen de cómo un Jefe de Estado latino, el de la Francia, atraviesa aquellas estepas y va hasta la metrópoli oficial del panslavismo, á recibir el homenaje de aquellos mismos barones que parecen proyectados contra la vaguedad de los horizontes tartáricos, desde las pestañas de los desfiladeros de Ukrania; y los honores de aquel mismo ejército, que por su abigarramiento y por sus apariencias concupiscentes, semeja un ejército púnico, alistándose para concurrir á la batalla del Macar, á las órdenes inmediatas del Suffeta.

Vuelo espiritual de alondras alegres, cuando se ve el gesto con que Italia vuelve el rostro y el recuerdo hacia los rumores del Tirreno, por cuyo horizonte va á asomar la nave que lleva á las playas de Liguria y de Campania, á ese mismo Presidente francés, enviado del pueblo único que ha su-

mado en su genio todas las cualidades substanciales del genio latino. (4)

Intima leticia de advenimiento feliz, cuando la prensa de París nos anuncia que se ha constituido la *Liga de acción latina*, bajo el patronato de la *élite* política é intelectual de la Francia [5]; y cuando el diario venezolano antes citado saluda el despertar de una mañana, informándonos de las recientes tendencias de la gran República latina hacia las de la América.

Similarmente, un silencio opresor de duelo gravita sobre nuestro hogar espiritual, cada vez que bajo cualquier cielo de los amados por el amor de nuestros hermanos, se elevan resposos y nébulas de holocausto, por la ausencia de algunos caudillos de la humanidad. Muda está, por la muerte de su César, la vibrante tribuna española, hoy viuda de Castelar; y el ánima latina ha sentido, en silencio respetuoso, que son de sangre las lágrimas que ha fluído sobre la reciente huesa de Waldeck-Rousseau.....

Taciturnos, fijas las miradas en la tierra inerte é incommovible, como preguntándola por la causa de tanta adversa crueldad, formamos cortejo presencial de esas malaventuras, que tienen la serenidad fatídica de un patíbulo.

Es que aquel íntimo alborozo y esta intensa melancolía proclaman venturas familiares, y sollozan congojas domésticas.

Es que canta ó gime lo que el instinto popular designa con la usual denominación de *la voz de la sangre*, penetrante y milagrosa.

[4] L. Xavier de Ricard, *Questions espagnoles*, 15 diciembre 1902.

[5] *La Renaissance Latine*, 15 julio 1904.

*

En los anales científicos puede observarse cómodamente este duelo magnífico y secular de influencias, que la raza latina viene empeñando con las restantes de la especie. Acaso sea una ilusión de nuestro orgullo, ó una candorosa desviación de nuestro criterio; pero la historia y la familia humana responden que en el proceso evolutivo, son notorias las ocasiones en que nuestra raza ha primado á las demás, desde el imperio material del globo hasta el predominio de las ideas y de los sentimientos.

A la inversa, nada ha sido poderoso á vencerla y subyugarla en esa lid.

La invasión más tenaz y memorable que ella ha sufrido en sus dominios territoriales y psíquicos fue la irrupción bárbara. Desde las llanuras de los kalmucos, desde las escarpas de los *fiordos* escandinavos, desde la noche de las selvas de Arminio, cada grano del polvo terrestre, cada chispa del diamante polar, cada hoja de las florestas germánicas, parece que proyecta contra Roma un guerrero armado y exhala una idea monstruosa, coetánea del *mumouth*. Y en esa brega, que no ha tenido paridad en los fastos de la tierra, sino cuando el mundo médico se desbordó hasta los ruedos de las acrópolis; en esa brega que se sostiene desde trescientos años antes del Cristo, con la desasimilación del alma etrusca, hasta ocho siglos de la era vulgar, cuando el férreo Carlomagno clava su ponderosa tizona en el centro mismo de Ostracia, corazón

del titán irruptor, se ve como si Roma esgrimiese infatigable la lanza quiritaria y abriese con ella las venas del Bárbaro, para ingerirle las linfas del Derecho y la concepción cesárea, por eminente, de la vida más ilustre.

Es la segunda vez que la raza latina ha salvado el honor humano, haciendo posible la existencia del planeta.

En los archivos de la humanidad no hay constancia de que así lo haya hecho jamás ninguna otra raza.

En vano las demás fracturan murallas de fronteras; violan el sagrado del ajeno solar; yerguen sobre los campos sometidos las astas enhiestas de sus banderas de conquista; y traban la estructura política y civil de las sociedades soterradas con la recia urdimbre de sus propias instituciones. En cada caso, en cada territorio, bajo cualquiera latitud, se produce el mismo fenómeno que Maurice Barrès ha comprobado en el alma de la Alsacia y la Lorena. (6)

Protestan, como aquéllas antes de 1887, como integrales del espíritu latino; y cuando ya el grito y el esfuerzo violento las extenuan, manifiestan la protesta en tendencia autonomista, que en la dinámica político-social representa la *resistencia*.

Y así acontece, como lo observa M. Marius-Ary Leblond, con los pobladores del Africa actual, que no son, etnológicamente, sino productos de celtas y latinos. (7) La indicación siquiera de los puntos salientes del proceso haría ya extremadamente extenso este trabajo; y vosotros, además, os habéis interesado suficientemente en estos asuntos, para recordar las ricas y sutiles observaciones contenidas en obras como las de Maupassant y

(6) Conférence de la Patrie française, 1900.

(7) *Les latins d'Afrique*, La Renaissance Latine, p. 113 y sgts.

Louis Bertrand, consagradas al estudio del alma latina bajo el sol africano, en torno de la cuenca mediterránea. (8)

.....

Fuerza será, pues, que suspenda en este punto la primera parte de esta Conferencia, porque la naturaleza de su asunto nos ha conducido por una amplia curva cuyo radio no sería posible determinar en una sola exploración; y, tratándose de trabajos iniciales, como el de esta noche, debo á vuestra gallarda hidalguía un miramiento que me apresuro á pagaros.

II. LA CUESTIÓN LATINA EN LA AMÉRICA

Anormalidad.—Relaciones interamericanas.—Fórmulas de la Unión.

Cuando el Presidente señor general Castro ha hecho observar al señor Ministro de Chile la urgencia de la propaganda, es porque se ha dado cuenta de que la cuestión latina no tiene tan bien sustanciado su proceso en nuestra América como en el mundo.

Digámoslo en el idioma acre de la realidad: un largo estado anárquico ha llegado á hacerse normalidad latino-americana.

Para que él subsista, no hay razón, ni sería ni plausible, superior á la suprema razón de hoy: la salvación continental, que implica la salvación respectiva de cada pequeña patria nuestra.

Desde las fechas sucesivas del reconocimiento de la total independencia, los países latino-americanos no solamente consumaron el divorcio de hecho y de derecho de las metrópolis europeas, de España, de Francia y de Portugal; sino que entre ellos mismos no

[8] *Au soleil*, Maupassant.—*Le sang des Races*, Bertrand.

conservaron ó no cultivaron los vínculos de afinidad nacional, ni aun de mentalidad, á que parece natural los obligase su comunidad de origen y el patrimonio global de sus intereses.

Se han mantenido en una rudimentaria relación de cortesía *casera*, á la que en algunos tiempos han faltado las providentes frivolidades de la galantería y las salvadoras apariencias de la civilidad.

Se han curado de gastar estérilmente, y contraproducentemente, caudales de oro, pergaminos de crédito público, y tesoros de concepto, en la Europa contumaz de codicia y de avidez, creando en sus grandes capitales representaciones que ni siquiera han llegado á ser decorativas, resignadas á una actitud más que modesta, ante el esplendor de las cortes y entre el fausto de las embajadas.

Les habría sido de utilidad fecundísima una sola representación, notoria y solemne por su virtualidad y por el brillo de su competencia, en la capital única de la humanidad y del cerebro latinos, primera de la Diplomacia mundial.

En cambio, son memorables como excepciones, las veces, pocas y breves, en que el cielo gentilísimo de la espiritual Caracas ha alborozado con sus risueños besos de azur y de nácares los colores latinos, simbólicos de las patrias americanas; y acaso en menor número las ocasiones en que, por las crestas andinas, vértebras del dorso continental y por las capitales que dibujan su acuarela sobre las llanuras bordadas de arterias amazónicas, ha ido á entonar su canción de colores libertarios el iris venezolano, el viejo iris de Colombia Magna, hegemonía guerrero un tiempo del alma americana.

Cada uno de nuestros países ha seguido su destino, regularmente precario, por los mares tormentosos de su entusiástica y vigorosa

adolescencia y bajo los cielos indecisos de su incipiencia.

Casi siempre los ha empujado la mano irresistible de Fatalidad, á las veces de manera tan ruda y brutal, que los ha arrojado de boca contra el tórrido suelo, obligándolos á restregarse la faz contra el áspero regazo de su tierra infeliz, en el clamor desesperado de una suerte siniestra.

O los ha conducido á tales parajes ingratos de su rumbo turbulento, que, estudiando la historia política de nuestro continente latino, aparecen ignorando por mucho tiempo, y en ciertos casos tal vez por siempre, á qué altura, cómo ni cuándo, han zozobrado los bajeles del convoy americano, que, á principios del siglo pasado, puso proras, en bulliciosa expedición, á los horizontes del porvenir.

Ahora es cuando resuena, desde lo alto de un puente de mando, la voz dominadora de la incoercible inmensidad marina, de un bravo navegante, capitán de argonautas, extendiendo el brazo imperioso hacia los arrecifes y los abismos, y abjurando á los pilotos de las naves latino-americanas á constituir el Almirantazgo salvador...

Antes, desde las toldas purpuradas de la galera venezolana, dos gallardos oficiales del pensamiento latino, Zumeta y Blanco-Fombona, hicieron su arrogante deber sobre la vórtice, alertando el peligro y asestando el catalejo por los intervalos de la cerrazón. (9)

Os pregunto, periodistas de mi país, mis colegas de labor actual: —¿Qué sabemos de la vida interna, ni de los rumbos políticos, ni de las curvas económicas, ni del movimiento demográfico, ni de los proyectos de las repúblicas del Plata y del Marañón? ¿De qué primacía mundial se curan la Argentina, y el

[9] Zumeta, *El continente enfermo*.—Blanco-Fombona, *La americanización del mundo*.

Brasil y Chile, y las democracias de la costa oceánica? ¿A cuáles otras, y por cuáles razones, son afectas?

Preguntadlo á vuestra vez, y respecto de nosotros, á los diaristas y á los escritores de Buenos Aires, de Santiago, de Lima, de la vecina Bogotá. Un gesto impávido de indiferencia, agnado del desdén, nos confiere á todos una actitud insólita en el proceso psíquico de una raza; huésped, sin embargo, de este inmenso pabellón codiciable, que exhibe por techumbre, en la esplanada del firmamento, el toldo sutil de este cielo único, distendido por la mano prodigiosa de la Naturaleza, en un solo y rápido gesto de supremo artista.

Coadyuvemos, pues, con el Presidente de Venezuela, á proponer á la América Latina una fórmula precisa, concreta y práctica de la unión.

Hagamos la propaganda, comenzando por adherirnos en conducta á esos altísimos hombres que en la Francia, libres y superiores á las preocupaciones lugareñas, dan el ejemplo, de eminente gerarquía espiritual y de orgullosa aristocracia moral, de unirse y conciliarse en un propósito y en un programa de ambición, digna de ocupar cerebros y pechos verdaderamente ilustres. Imitemos á esos bellísimos ignorantes de la existencia de aldeas sobre terrazgos aridecidos, y sabios profundos de la vida y de los destinos precisos de egregias humanidades bajo cielos gloriosos.

Distanciados en los pagos del arte, de las letras, de las ciencias y de la política, los hombres eminentes se unen en una misión capaz de estremecer mundos y de subyugar océanos; capaz de resucitar los días decorosos de la Tierra.

Vayámonos con ellos de camaradas; caballeros en su ideal, no sea que corramos el

riesgo de que los veamos pasar en caravana
ilustre y nos quedemos representando el papel
compadecible de los perros de la Arabia!